

REVISTA GALAICA.

Año II.

Ferrol 23 de febrero de 1875.

Núm.º 4.

FILOSOFIA SOCIAL.

¿Qué suponen los presidios, pena aflictiva ó infamante?

I.

Tal es el tema que nos hemos propuesto dilucidar en este artículo para ilustrarnos é ilustrar á la generalidad.

Ignoramos lo que el código penal dice respecto á la cuestion que planteamos. No queremos abrir sus páginas. Satisfagan esta curiosidad los que pretendan refutar las afirmaciones que deduzcamos de nuestros estudios de actualidad, referentes á los establecimientos penales. De otro modo no tendríamos controversia, y nosotros anhelamos la controversia porque ilustra.

Entramos en el palenque de las polémicas decorosas y razonadas sin otras armas que la del raciocinio. Tal vez esta sea inconveniente para la superioridad intelectual de los que nos lean; pero nos es necesario colocarnos en semejante puesto. ¿Por qué? porque en último caso personalizaremos la masa general del público que no tiene el código penal debajo del brazo. Aun así, aun en esta posicion, si somos vencidos, siempre haremos un favor por que ilustraremos á costa de nuestro amor propio, á costa de nuestra reputacion.

Abordemos, pues, el debate con los que quieran aceptarlo. ¿Qué son los presidios? ¿Suponen pena aflictiva ó pena infamante?

II.

Para nosotros los presidios suponen ambas cosas.

¿Por qué?

Porque, una de dos: ó el código no está en armonía con los presidios, ó los presidios con el código.

Evidenciemos el dilema.

¿Qué abriga un presidio?—lo mismo abriga á un asesino de oficio que á un soldado que ha desertado dos veces;—lo mismo al parricida que al cochero que faltó á las prevenciones de un municipal;—lo mismo á un ladron de caminos que á un niño que cogió un haz de leña en un monte.

T. II.

¿Qué son, pues, nuestras leyes, ó qué faltas constituyen *crímenes* para esas leyes?—¿Quién mata á quien *civilmente* y por qué lo mata?

Cuestion árdua es la que provocamos, cuestion difícil, cuestion resuelta siempre para algunos y cuestion nunca resuelta para nosotros.

Comprendemos bien la precision que tiene toda sociedad de refrenar los delitos por medios racionales, y tanto más la comprendemos cuanto que no somos partidarios de la pena de muerte sinó en casos extremos.

Pero la sociedad actual ¿está en la cuestion penitenciaria á la altura que demanda su decantada civilizacion? ¿Si ha clasificado los delitos, ha clasificado los medios de castigarlos?

Creemos que no.

¿Por qué?

Porque no supone civilizacion el establecimiento penal que *hacina* como escombros, como ripio moral, como escrescencias sociales, lo mismo al asesino de oficio que á un soldado que tuvo dos deserciones; lo mismo al parricida que al auriga que le faltó al respecto á un municipal por llevar su coche más ó menos al paso; lo mismo á un ladron de caminos que á un niño que cogió en un monte un haz de leña para que se calentára su pobre madre, ó porque robó dos ó tres manzanas en la huerta de un escribano.

¿Qué quereis? ¿qué pretendeis con los presidios?

¿Corregir á un hombre que ha faltado, ó infamarle?

Si lo primero, no lo encerreis en una casa infamante.

Si lo segundo, ¿á qué la correccion?

¿Cómo puede corregirse lo que empeza inutilizando *civilmente* para toda su vida?

III.

Abrid los ojos á la luz de la razon, ó iluminad nuestro entendimiento y el de muchos en la oscuridad en que nos hallamos, respecto á la correccion de la criminalidad.

El lema de la doctrina penitenciaria, es: *la sociedad castiga mejorando*: es decir la sociedad que encuentra delincuente á un hombre por que ha cometido un crimen, —á que le impulsó la vagancia,—lo encierra en un establecimiento penal para que aprenda un oficio, con el cual pueda serle útil, y así mismo, el día que extinga su reclusión y vuelva al seno de la familia.

Bajo este punto de vista, á la sociedad le guía un fin altamente moralizador, y bajo este punto de vista los presidios suponen *pena aflictiva, no infamante*.

Entonces, si esto supone los presidios ¿á qué escribir en favor de la rehabilitación civil de los penados, una vez cumplido el tiempo de su condena?

Entendámonos: un confinado que extingue su condena, sea la que fuere, sale ya purificado de sus delitos, si ó no? ¿sale rehabilitado moral y civilmente, si ó no?

Para la sociedad, no; por que si es posible pondría una barrera entre ella y el penado cumplido.

Luego, el presidio supone no *pena aflictiva* sino *pena infamante*.

Porque ¿qué más infamia que la que le impone la sociedad á un individuo cuando huye de él como de un leproso?

IV.

Exponemos todas estas ideas con el mayor abandono, sin corrección alguna, sin pretensiones filosófico-literarias, sin más pretensiones que las de aborlar una cuestión muy profunda bajo la forma más pueril, con objeto de herir mejor la comprensión de la generalidad.

Para nosotros, pues, los presidios suponen *pena aflictiva é infamante*.

Y esto no lo creemos justo.

El mal está para nosotros en una cosa tan sencilla como evidente; el mal está para nosotros en la aglomeración de delitos, ó mejor expresado, en la aglomeración de personas que han cometido muy distintos delitos.

¿Qué no teneis construidas casas de corrección...!

¿Y eso salva vuestra responsabilidad delicada, inmensa, ante Dios y ante los hombres?

Porque no tengais sitio para el *purgatorio* social, no es razon que arrojéis las entidades morales en el *infierno*;—infierno

no mucho más terrible que el del Dante, donde puede escribirse aún mejor: *lasciate ogni speranza* de rehabilitación social.

Tened esos séres en las cárceles, interin no eregis las casas de corrección; pues la cárcel no infama. De arrojarlos en los presidios *indebidamente*, os convertís en estúpidos y criminales conscientes á la vez!

Al *corregir*, *afligid*; pero no *infameis*.

Analizad esa aglomeración de séres en los presidios:—definid los delitos que son hijos de la *malicia*, ó del abandono ó de la *desgracia*;—fijad lo que es *crimen* que *infama* y lo que es *falta* que tratáis de *corregir* con una pena aflictiva:—y hélo aquí todo.

Fundad dos clases de establecimientos penales: una para los hombres verdaderamente criminales, cuyos actos horrorizan á la humanidad y cuyos actos ya los *infaman* de hecho;—y otra para los verdaderamente *desgraciados*, cuyas faltas, muchas veces naturales, no horrorizan, pero que es preciso *corregir* por medio de una pena *aflictiva*.

No aglomereis los delincuentes,—y entonces los presidios no supondrán á la vez *pena aflictiva é infamante*.

Mientras no se haga la abstracción penitenciaria que demandamos, en armonía con la civilización de la época,—los presidios equivaldrán á *cementerios civiles*, en donde caen las *personas* para transformarse en *cosas*, como caen los cuerpos en las sepulturas para transformarse en gusanos.

BENITO VICETTO.

HISTORIA DE UN PENSAMIENTO.

Le di una flor, un bello pensamiento,
símbolo de pasión;
lo tegió con sus rizos; sopló el viento,
y le robó mi don.

Todo lo comprendí. Céfire leve
que acaricia una sien,
tan sólo flores á robar se atreve
que ha olvidado el desden.

Triste semblanza de destino impio
la ingrata me ofreció:
llevó á su trenza el pensamiento mio,
pero á su frente... ¡no!

TEODOSIO VESTEIRO Y TORRES.
Madrid, 1873.

TRADICIONES FEUDALES DE GALICIA.

LOS CHURRUCHAOS.

IV.

Demanda.

Quiso la buena suerte de Gonzalo Gomez Gallinato que don Alonso Perez Churruchao entrase en la cámara de su hija una media hora despues de su rapto. Al verle así, atado de piés y manos y con un pañuelo en la boca para que no pudiera hablar, se estremeció profundamente el castellano, como si los enriqueistas hubieran asaltado su castillo por sorpresa. Mas pasado el primer momento de admiración, desató al caballero y le quitó el pañuelo de la boca.

—Gonzalo...! ¿qué significa esto...? le preguntó todo tembloroso.

—¡Ah!... señor!... pues qué ¿no tomaron el castillo los del Bastardo?

—No por cierto... contestó el señor feudal acercándose á una ventana que daba al patio para cerciorarse de que no mentía.

—¡Díis que no han entrado, señor...! Y luego, ¿quién me ató de piés y manos sin dar tiempo á que pudiera alzar mi brazo...? ¿quién ha llevado á Blanca?

—Pues qué... ¿no está aquí Blanca? ¡Blanca! ¡Blanca!

Y nadie contestaba al llamamiento del anciano.

—¡Qué es esto, Dios mío! murmuró llevándose las manos á la frente. ¿Donde está mi hijo?

Y mandó llamar á su hijo por un arquero que acudió á sus voces.

—Señor... dijo Fernan Perez entrando apresuradamente como si hubiera cundido alguna nueva de alarma... ¿qué pasa?

—Que han robado á Blanca... Fernan... contestó aquel padre desconsolado, empezando á comprender lo que habia acaecido; han robado á Blanca y ataron á Gonzalo que se hallaba aquí con ella, para que no la pudiera defender ni dar aviso.

Fernan clavó una mirada escrutadora en Gonzalo Gomez Gallinato, como preguntándole si era cierto lo que oía en boca de su padre.

—¡Oh! no hay duda... afirmó el amante en medio de su desesperación cruel... ¡la han robado!

—¿Pero cómo...? preguntó Fernan Perez con voz de trueno. La han robado... decís que la han robado... ¿pues quién? si no hace mucho que acabo de recorrer el recinto y no he visto nada, nada que infundiera sospechas de este rapto.

Y al acabar de pronunciar estas palabras con todo el ardor de la juventud, cayeron sus ojos sobre un rosario de oro que se hallaba cerca de la puerta.

—¡Un rosario...! exclamó; ¡un rosario con un crucifijo de oro!

Todos se lanzaron á mirarlo como si cada cuenta revelara la violenta desaparición de Blanca. Y en efecto, en el rosario habia un nombre: este nombre era «Pedro Alvarez.»

—¡el dean!! ¡el rosario del dean!! exclamaron á una.

—¡Oh! gritó el anciano exaltándose por momentos; ¡me la han robado los infames! ¡Bien conozco ahora á los traidores...! el dean y el arzobispo me odian porque defienden á don Pedro. Me odian de muerte porque yo tambien los odio de muerte... ¡Y han querido ganarme con el rapto de mi hija...! ¡Oh! ¡la maldición de Dios caiga sobre sus cabezas!

Fuera imposible citar dos personas á quienes odiaran mas los tres, que el dean y el arzobispo de Santiago. Así que despues de las palabras del anciano, no volvió á oirse más que un grito unánime que pronunciaron sus labios obedeciendo á los poderosos latidos del corazón...

—¡Venganza!

Si, venganza; esa pasión honda, implacable, devastadora, que ha dejado una huella de ruinas en las montañas de Galicia y que se ha ensañado tanto en ella como una de esas tormentas raras que arrancan los árboles de raíz, y precipitan las rocas de los montes á los valles.

Los tres caballeros pasaron la velada entregados á sus pensamientos de venganza. Al amanecer, don Alonso Perez Churruchao, se dirigió á Santiago armado como para una batalla, y llegando al palacio ó castillo de la Rocha, donde se hallaba el arzobispo, se hizo anunciar de un page.

Cuando don Suero Gomez lo mandó entrar en su cámara, se hallaba con el dean Pedro Alvarez, que segun las crónicas, era su más allegado; y apenas pudo el orgulloso señor feudal reprimir el odio que desgarraba su corazón al verlos juntos.

—Señor... dijo Alonso Perez Churruchao visiblemente agitado, vengo por mi hija...

—¡Vuestra hija! repitió admirado el arzobispo, y acompañó esta exclamación con un movimiento de hombros que queria decir que no comprendia lo que le pedian.

—Señor... continuó el Churruchao con imperturbable calma; ayer he sido robada Blanca de mi castillo de Castro-Caudad; ignoro quien ha sido el villano, pero en su cámara se encontró un rosario de oro del dean.

—¡Mi rosario de oro! gritó aquel sorprendido de lo que oía... ¡mi rosario de oro en vuestro castillo de Castro-Caudad...! ¿quién lo llevó allí...?

—A eso vengo... continuó el anciano; vengo á saber por qué al desaparecer mi hija se encontró el rosario del dean en su cámara... Esto es bien claro, dean; no finjais sorpresa por más tiempo; ¡vos me robasteis mi hija!

El dean frunció las cejas de enojo bajo el peso de aquella acusación fatal. El arzobispo, por el contrario, soltó una carcajada lenta con que acompañó estas palabras:

—Dejadle, dean, no conocéis que al bueno de Alonso Perez se le ha trastornado la cabeza estos dias con tanto apresto de guerra... Dejadle dean; ¡ese pobre señor está loco!

—Loco...! loco...! repitió el anciano apretando las manos con movimientos convulsivos y devorándolos con sus ojos inflamados; ¡loco, porque pido mi hija, loco!

Y llevó la mano á su espada enteramente trastornado; pero se contuvo acordándose de que habia otro Dios en la tierra á quien podia apelar para que le devolvieran á su hija. Este Dios, era el espíritu justiciero de don Pedro de Castilla.

—Señores; dijo disponiéndose á salir; el rey me oirá, y vereis lo que es su padre á quien le han robado una hija.

Y salió bruscamente, confirmando con estas palabras la idea que habia concebido el arzobispo de que estaba demente. Así al menos lo celebraron el prelado y el dean, contestándole con una sonrisa cruel.

Alonso Perez Churruchao encontró en la puerta del castillo de la Rocha á su hijo y á Gonzalo.

—¿Qué dice... padre? preguntó Fernan.

—Que soy un loco en reclamarles mi hija buena-mente.

—La tienen los miserables, ¡padre! si, ¡la

tienen! era excusado que lo digieran... ¡leed esta carta!

Y le entregó la carta que Sancho Grez había concertado con Prem, y de que ya tienen conocimiento nuestros lectores. El anciano señor la arrugó entre sus manos, y se dirigió á la escalera con la espada desnuda: pero se contuvo á los pocos pasos.

— Adelantel grió Fernando cogiéndole de un brazo...

— Adelantel exclamó Gonzalo tirando de su espada.

— No! dijo el desconsolado padre; aún hay en Castilla un rey que llaman del justiciero!...

Y todos tres tornaron á Castro-Candad con las cabezas bajas como tres reos.

BENITO VICETTO.

(Se continuará).

LA ETERNIDAD Y EL INFINITO.

— Dime, ¿á dónde, á través del tiempo errante, vés por la cárcel del espacio umbrío?

— A sacudir mis alas palpitante y sembrar de creaciones el vacío.

Y tú, viajera del espacio, ¿á dónde vés, en los siglos tu cabeza undida?

— Voy á los mundos que la nada esconde en mis suspiros á dejarles vida.

— ¿Vés al girar mi ala, un débil grano de arena descender? Tierra es su nombre.

— ¿Vés á mi soplo un mísero gusano moverse en una tumba? Ese es el hombre.

— Sigamos, pues, sembrando el firmamento, el hombre no sabrá mientras resbala que es la vida el suspiro de tu aliento ni que es la tierra el polvo de mi ala.

GUILLERMO BELMONTE MÜLLER.

Santiago - 1874.

GALICIA PINTORESCA.

EL CONVENTO DE SAN FRANCISCO EN ORENSE.

I.

D. Pedro Yañez de Novoa, chantre de la santa iglesia catedral de Orense, fué electo obispo de esta diócesis en el año de 1276, á la muerte de D. Juan Dias; proponiéndole el cabildo á Su Santidad como el único sugeto capaz de reformar los graves abusos de las órdenes religiosas, y especialmente de los regulares de S. Francisco recientemente establecidos en la ciudad. Era el electo persona de carácter violento y poco sufrido, y tenía á su lado dos sobrinos de condicion fiera y de valerosa audacia; y así todos los que habían adquirido una prepotencia indebida en la población, temieron que el nuevo prelado, ya por sí mismo, ya auxiliado por sus parientes, adoptara medios de rigor propios para ordenar los asuntos públicos y para dirigir á los disidentes religiosos. Conocieron estos prontamente cuánto daño podria causarles un obispo tal como don Pedro, y se dedicaron á impedir

su confirmacion, á cuyo efecto enviaron comisionados á Viterbo y á Roma, en donde residian entónces los papas Juan XXI y su sucesor Nicolás III, y á la corte de don Alonso X, que á la sazón gobernaba el territorio de las coronas de Castilla y de Leon.

Hallábase el pontífice Juan gravemente ocupado en sosegar algunos estados de la iglesia, harto turbados por las diferencias entre el poder eclesiástico y el temporal, y no le fué posible prestar atención á la causa de preconizacion de don Pedro Yañez; dejando aquel papa sin resolver este punto cuando falleció en 19 de mayo de 1277.

Trataba el célebre monarca, autor del código de las *Siete Partidas*, de asegurar la herencia de sus hijos menores habidos en doña Violante, hija de don Jaime I de Aragon y hermana de don Pedro III, y al efecto queria separar á los infantes Pedro, Juan y Diego de su hermano mayor don Sancho, cuya ambicion temia; y esta fué la razon de que no tomara calor en el asunto de la confirmacion de Yañez de Novoa para obispo de Orense.

La vacante por estas consideraciones se prolongaba, puesto que si bien habia prelado electo no llegaba su eleccion á ratificarse por la Santa Sede; y en este estado de cosas los abusos iban en aumento, los ánimos se enconaban, y las malas pasiones tomaban cuerpo. Los partidarios del chantr insultaban con frecuencia á los mendicantes franciscanos, apellidándolos con los nombres más ofensivos; y estos religiosos devolvian las injurias, y tenían á su devocion otro partido poco menos numeroso y casi tan osado como el de los canónigos. Era de temer una pronta colision entre los dos bandos, tanto más cuanto que los sobrinos de Yañez de Novoa agitaban á sus secuaces y los excitaban á tomar una venganza decisiva. Presajios funestos turbaban el reposo de los habitantes pacíficos de la capital y de la diócesis, y tenían afligidos á los hombres de prudencia y de juicio.

La excision armada tuvo por fin lugar, comenzando en 1278; y aunque bien aconsejado don Pedro la anatematizó saliéndose de la población y marchando á Roma á activar el negocio de su preconizacion; sin embargo no se puso fin á la lucha, sostenida por sus dos sobrinos, que se dieron á perseguir á los franciscanos y á todos sus aliados de un modo cruel y sanguinario. Los atacados procuraron rechazar la fuerza con la fuerza, y la guerra empezó á producir sus tristes y naturales consecuencias de horror y de desgracias.

Inútilmente varones piadosos procuraron apaciguar aquel alterado y tormentoso mar, haciendo á cada uno de los contendientes cargos severos y juiciosas observaciones: porque ciegos y desatentados unos y otros turbulentes, sólo trataban de ofenderse, no cuidándose del bien público, ni de lo que debian á su profesion y á su clase. La guerra, puede decirse que se hacia de una parte por el clero secular y de otra por el clero regular; de modo que los individuos que por sus votos y juramentos debian dar el ejemplo de resignacion y santidad, provocaban los mayores escándalos é irrogaban notorios y trascendentales perjuicios.

Al cabo, la llegada en 1281 de un legado del papa Martino IV, que habia sucedido en '22 de

febrero de aquel año á Nicolás III, quien era portador de órdenes severas para poner fin á la guerra eclesiástica de la diócesis de Orense y á la vez para enterarse de la conveniencia ó inconveniencia de colocar en la silla episcopal á don Pedro, calmó la tempestad asoladora que pesaba sobre los *aurienses*, y dió esperanzas de que pudiera venir-se á un acomodamiento racional y prudente. El legado inquirió las causas y motivos de la oposición de los frailes á la confirmación del obispo electo, se informó de la conducta y de las circunstancias de éste, tomó noticia de las pretensiones de los franciscanos, y oyó cuanto convenia saber acerca de los móviles é intereses que sostenian la division. Conocedor de todo cuanto debia averiguar, partió para Roma en fines de 1284.

II.

Esperaban los orensanos pronto remedio en sus cuitas; y así hubiera sin duda acontecido si la muerte no se apoderara del pontífice Martino, en 28 de marzo de 1285; mas este suceso, que motivó le elección de Honorio IV en 2 de abril siguiente, y el tener el nuevo jefe de la Iglesia necesidad de acudir con preferencia á las disputas entre los latinos y los griegos, agravadas por este tiempo, y de procurar la terminación de la guerra existente en Sicilia y en Italia entre los reyes de Francia y de Aragon, detuvo la resolución, prolongándola hasta un tiempo indefinido. Este llegó al fin, y en mayo de 1286 fué confirmado en el obispado de Auria D. Pedro Yañez de Novoa, consagrándose en junio y haciendo su entrada en la ciudad en el siguiente julio.

Durante la lucha entre los partidarios del prelado y los de los frailes franciscanos ocurrieron hechos terribles, que demuestran la barbarie de los tiempos; y uno de ellos fué el quebrantamiento del convento de aquellos regulares. Era la noche del 24 de noviembre de 1280, y un centenar de hombres comandados por los mismos sobrinos de Yañez atacaron el asilo religioso, se apoderaron de él, acuchillaron á los habitantes y arrebataron cuanto habia; saliendo luego fuera y poniendo fuego al edificio, que se quemó casi en su totalidad. Este atentado fué el que retardó la preconización de D. Pedro, porque le achacaban haberse ejecutado de su órden. La causa inmediata del quebrantamiento é incendio del convento parece que fué la siguiente. Uno de los secuaces del partido de los regulares dió muerte en la calle á un pariente del chantre, retirándose inmediatamente el homicida al convento en donde halló amparo y defensa. Los sobrinos de aquel, parientes asimismo del asesinado, pidieron la entrega del asesino, y habiéndose negado los frailes á entregarlo se consumó el hecho del quebrantamiento y del incendio. Los religiosos hacian servir á sus intereses y peticiones el mal efecto que semejante acto causó en todo el pais, y la corte de Roma se detenia en su decision ante la sospecha de que D. Pedro hubiera podido tener parte en el suceso. Yañez, sin embargo, demostró que estando él ausente y ya en la capital del orbe católico, no pudo ser participante en el hecho ocurrido en Orense, y el cual habia llegado

á su noticia por primera vez mucho tiempo despues de consumado. La demostracion del prelado pareció concluyente, y destruyó toda prevencion. Consagrado y posesionado ya el obispo, los padres de S. Francisco no descansaban ni se daban aun á partido, y ya que no podian molestar al prelado de otro modo, pedian al papa y al rey que obligara á los incendiarios á reedificar el convento que habian destruido. Nicolás IV, elevado á la silla de S. Pedro en 15 de febrero de 1288, y D. Sancho el IV de Castilla, que ocupaba el trono desde 1284 por muerte de su padre el rey D. Alfonso X y de su hermano mayor D. Fernando, llamado el de la Cerda, escucharon las reclamaciones de los inquietos religiosos, y despacharon Breves y Privilegios dirigidos á la restauracion del edificio, ordenando en ellos que sin levantar mano se construyera aquel convento. El obispo y el cabildo se oponian con teson á fabricar casa á los mendicantes, persuadidos de que estos siempre habian de ser enemigos de la autoridad episcopal y adversarios del capitulo; y por su parte acudian al pontífice y al monarca solicitando la derogacion de estos Breves y Privilegios.

III.

Tal era el estado de la cuestion cuando el papa Bonifacio VIII, electo en 24 de diciembre de 1294, expidió letras, llamando á Roma á D. Pedro Yañez, y allí se entabló pleito formal sobre la edificación del convento, en el cual recayó sentencia en 1307. Por esta se previno que el cabildo diera el sitio para el convento y que el obispo le levantara á su costa. La sentencia fué mandada observar por D. Fernando IV, que habia sucedido á su padre D. Sancho en 1295. El cabildo obedeció dando el terreno; el obispo cumplió suministrando los fondos; y el convento comenzó á edificarse.

Restituido á su Iglesia el obispo Yañez de Novoa, murió al poco tiempo en 1308.

IV.

Tal es la historia de la construccion del convento de S. Francisco en Orense, cuya descripcion vamos á hacer de un modo breve. Está situada al Este de la ciudad, en un punto muy elevado cerca del cerro de Monte-alegre, y forma un gran cuadrilongo, que ocupa un terreno dilatado de más de 1800 piés de circuito. Su fábrica es sencilla, de piedra sillar, con tres cuerpos, bajo, principal y segundo. Tiene dos claustros cuadrados, el viejo con arcos ojivos sobre columnas agrupadas, y sus bóvedas nerviosas están perfectamente trabajadas. La fachada principal mira al Norte, y en ella están la puerta de la Iglesia, que encaja en un arco abocinado de bastante mérito, y la entrada á la porteria, que es un arco ojivo sencillo. Sobre los claustros habia corredores, á cuyos lados estaban las celdas, y en el ángulo de la iglesia, estaban las cátedras y la biblioteca. El templo es de gusto y de exquisito trabajo. Tiene una sola nave con columnas ojivas empotradas en el muro, desde las cuales arrancan los nervios que sostienen la bóveda; y los capiteles de las columnas agrupadas tienen caprichos originales que recuerdan el origen de la edificación del convento. En uno de

ellos hemos visto el incendio del antiguo convento, en otro una figura de obispo trabajando á las órdenes de un fraile; en otros alegorías maliciosas; y en otros figuras raras y caprichosas que acaso en su día tuvieron su representación. Estos capiteles están estropeadísimos y cuesta gran trabajo reconocer las formas de los objetos esculpidos. La Iglesia recibe luces por diversas ventanas situadas en los costados, entre las cuales hay dos gemelas de rara construcción, y por un roseton que está sobre la puerta y que en algún tiempo debió tener vidrios de colores. En el arco de entrada, que también tiene mucha labor, sin duda existe un bajo relieve alusivo á las luchas de los frailes con el prelado de la diócesis, porque se vé un fraile imponiendo á un eclesiástico; pero como á este arco le han cubierto modernamente con cal y le han blanqueado, no se distinguen bien los objetos.

Por lo que llevamos dicho conocerá el lector que el convento de S. Francisco de Orense es un monumento histórico y artístico; pero en él se han hecho tales obras con posterioridad al siglo XIV, en que se empezó, que apenas se conoce la fábrica primitiva. Sólo en el arco de entrada, en la Iglesia y en uno de los claustros quedan vestigios muy notables de la antigua fábrica puramente ojiva. Los agregados son de diversas épocas, y de distintos géneros de arquitectura por consiguiente; pero es tan tosco y pesado todo lo moderno, que no merece nos ocupemos de ello. Si pudieran limpiarse los capiteles de las columnas de la Iglesia y del claustro viejo, estamos seguros que proporcionarían materia para conocer el odio que los frailes de S. Francisco tuvieron al obispo D. Pedro Yañez de Novoa, porque en todos ellos se ven alegorías más ó menos marcadas á este prelado.

Hoy el convento está sirviendo de cuartel, y se halla bastante deteriorado. Sin embargo, como su fábrica es de notable fortaleza, tiene aun largos años de vida. La Iglesia se halla bien conservada y está cuidada por excelsitades de la orden que habitaron en el convento hasta 1836.

PIO DE LA SOTA.

1856.

LAS FLORES DEL AMOR. (1)

Cuando aparece la luna
y las flores una á una
cierran su cáliz al verla
como su concha la perla
en los abismos del mar,
entre las mil y mil flores
que suspenden sus olores
al plegar su rico broche,
hay unas que por la noche
los exalan sin cesar.

(1) Las flores del amor son flores que sólo crecen en la sombra y nunca ven el sol, debajo de la yerpa-doncella que las produce. En algunos países las llaman ojos azules; su nombre técnico es vincapervincas

A estas flores misteriosas,
sólo de noche olorosas,
tristes, trémulas, sencillas,
que crecen en las orillas,
del río murmurador;
en su indiferencia el hombre
no les puso ningún nombre:
los pastores, que las aman,
flores del amor las llaman
porque comprenden su amor.

Como crecen ignoradas
en campiñas apartadas,
ni las bellezas las miran,
ni sus aromas aspiran
del valle en la soledad;
y estas mil flores del río
siempre lleagas de rocío,
menudas, dulces y bellas,
no parecen sino estrellas
del campo en la inmensidad.

Azules son como el cielo:
y al mirarlas en el suelo
múltiples y brilladoras
presentando encantadoras
su poético color,
cree ver el pensamiento
en ellas, del firmamento
chispas de azul desprendidas,
en la pradera caídas
como lágrimas de amor.

Con estas mágicas flores
de pétalos tembladores,
que exalan á las estrellas
sus tiernísimas querellas
en tesoros de azahar,
mi alma suspira y llora;
porque cual ellas adora
con un amor indecible
otra estrella, otro imposible
que nunca podrá alcanzar.

De día, estas florecillas
ocultan sus campanillas
entre la tupida yerba,
y así nadie las observa
bajo un manto de verdor:
y aunque el huracán agita
sus ondas, no las marchita;
sólo al despuntar la luna
si ya no se asoma alguna...
es que se murió de amor.

Nunca se fijó mi alma
hasta que perdió su calma,

en estas flores queridas
que están de día escondidas
sin auras que respirar;
desde entónces sus amores
comprendí cual los pastores,
y que en su vida y la mía
domina esta poesía:
«vivir, es sufrir y amar.»

Errante por la pradera
yo las veo donde quiera,
á los rayos de la luna:
todas aman, no hay ninguna
que no sea amante flor:
todas al verme suspiran,
melancólicas me miran,
é igual suerte me predican,
pues parece que me dicen:
«nos morirémos de amor.»

B. VICETTO.

1860.

COSTUMBRES GALAICAS.

COMPOSTELA EN 1780.

II.

El ramo cativo.

(Continuacion.)

Por mucho tiempo despues que Compostela, extendiendo sus brazos, tiró con las murallas que la oprimian; quedaron como restos de ellas, en la extremidad de algunas calles, unos arcos sombríos, sostenidos por dos cubos descalabrados, de gruesas paredes vestidas de líquen y de yerba, en las cuales parecían enclavados por defuera antiguos blasones y por dentro se notaban aún de un lado, los goznes sobre que giraban las puertas forradas con dobles chapas de hierro, y al otro las argollas en que se sugetaban con candados las cadenas de los rastrillos. Encima, allá cerca de la bóveda, se veían unas estatuas de reyes pigmeos adorando á una virgen toda cabeza, ó acaso una efigie de Santiago que en lo bruto de sus formas revelaba los primitivos periodos del arte, y las toscas manos que habian convertido aquella piedra en un monstruo para dar gusto á una generacion poco melindrosa.

Por uno de estos viejos arcos, ya sin puertas ni rastrillo, salía de la ciudad la procesion dirigiéndose á la iglesia del convento, y con ella iba la multitud impetuosa como un torrente, y se derramaba por el extenso campo de santo Domingo, desde el parage que ahora ocupa la alhondiga hasta la porteria, abierta en lo alto de la pendiente.

Los muchachos, más previsores, ú obedeciendo ciegamente al instinto que mueve al género humano hácia el progreso, se habian subido para ser más altos, á un banco de piedra que junto á aquella puerta tenia la policia urbana de entónces, banco en verdad muy pequeño para tantos, pero muy propio pa-

ra nivelarlos con los hombres. Otros, titiriteros por naturaleza, ó en presagio de futura superioridad, se habian encaramado en los tres ó cuatro álamos que sombreaban la humilde fuente, escalando por los acorchados troncos hasta verse sentados allá arriba entre las gruesas ramas. Desde allí observaba *aquella generacion*, sin conocerle ella misma, si los inquisidores, que iban pasando serios y altivos *por debajo de los piés que habian de hollarlos*, tenían los rostros tan terribles como sus sentencias, ó tan medrosos como las historias que habian oido de ellos en boca de la madre ó de la abuela; y si en sus ojos habia algo más que en los de los otros hombres para poder escudriñar los secretos retiros del corazon. Con que gana miraban á aquellos señores, enemigos del diablo y los hechizos; á aquellas medallas de plata que tenían la admirable virtud de paralizar las brujas y desvanecer los duendes, cuyo solo nombre oido de noche les hacia temblar! ¡Con qué rapidez descendian de su elevada puesto luégo que pasaba la procesion!.. Ansiosos de verlo todo y de precederla á la iglesia, se abrian caminos con manos y cabeza por entre los grupos de aldeanos, y corrian al templo sin reparar en nada. Aquí pisaban los crucifijos de estaño en cruces rojas, los escapularios bordados de bricho y lentejuelas con lazos de seda, ó las medallas de bronce y los rosarios de cristal de los tenduchos sin cuento sembrados por el campo; allí saltaban por encima de los montes de olivos, laureles ruda y más arbustos, dispuestos para la bendicion en vistosos ramilletes altos como pinos, y tal vez se caían en medio de los ramos, y eran aporreados en su caída por las aldeanas vendedoras; más allá tropezaban en una mesa de rosquillas, ó en un ciego que poco antes gritara cantando «eseritos para toda la casal»

En esta fiesta enteramente popular era el pueblo el que más gozaba espaciándose por los alrededores del convento.

Las bellas labradoras compraban lujosos escapularios para obsequiar á sus queridos, eligiendo los mejores, porque luégo habian ellos de mostrarlos en todas partes sobre sus pechos, encima del chaleco de grana.

Los zagales adornaban sus sombreros con medallas, y buscaban un rosario de gruesas cuentas azules, con cadena de alambre dorado, para premiar con él despues de bendecido, el afectuoso regalo de las mozas.

El pueblo ciudadano á su vez gustaba con placer de la candorosa bulla de los moradores del campo y los explotaba al mismo tiempo en utilidad propia con admirable sagacidad, y sobre todo esto, aun habia allí otra clase de gente, que tambien llamaré pueblo, aunque no le parecería bien si me lo oyera, la cual sólo se ocupaba en reirse de la sencillez de los campesinos, y en martirizar de mil modos á las pobres mozas endiabladas, que con fé ó con malicia, venían de todas partes en tal dia á buscar *la salud* á aquella iglesia.

Tambien estaban allí Dominga y Pedro; ella hechizada por amor, él impaciente por verla, y como ambos no tenían ojos para más que para buscarse, fácil habia de serles el encuentro—bien podría ella burlar á sus guardias, y volver á oír la bronca voz del lidiador, endulzada por el arte y las pasiones, para que no hiriese los oídos de su amada.

Como extraños en la gran fiesta ni el uno ni la otra tendrían en las tres bendiciones sucesivas, ramos de olivo que columpiar sobre sus cabezas, ni rosarios que colgar de sus cuellos, ni cruces, ni escapularios que levantar al aire portador de las bendiciones: tampoco irían llevados por la voluntad y el tropel, á tocarlos á la estatua del santo, elevada

sobre sus andas allá en medio de la nave, junto á los bancos rojos de la inquisición: tendrían empero en su pecho juramentos de amor, y en su cabeza proyectos de felicidad; y esto bastaba para que ella gritase como verdadera energúmena, al principiar la misa, en mitad del sermón, y alzar la ostia sacrosanta, y qué extraño; gritaba para que Pedro corriese á su voz, le pedía socorro en la jerga de los diablos, le llamaba furiosa, como la vaca que paco en la pradera, al toro del monte, — y sus agudas voces, reflejadas por la bóveda y saltando de columna en columna por encima de tantas cabezas, habían de llegar por fin á su eco más natural, al timpano de un hombre que miraba en torno con la vivacidad de un amante y que á virtud de esfuerzos repetidos y disimulados, se acercaría hasta el contacto á la boca preciosa que lanzara aquellos gritos...

III.

Unto de cristiano.

«Non entredes, nenas, nunca nas boticas da cidade, que nelas quitan ó unto as roxas da vosa idade.»

(Cancion aldeana.)

La monstruosa campana del reloj de la catedral herida 12 veces por el pasado martillo, gimiera otras tantas con un son atronador, que el aura de abril transportó de montaña en montaña hasta la última del horizonte. Doce veces retumbó en el seno de las nubes la magestuosa voz de la colosal torre, gallarda y perpétua centinela de esa metrópoli coronada de glorias, hija de reyes, y hermosa obsequiada de las naciones, que tantas veces se pinta en nuestra imaginación con su menor arabesco: y no bien fué repetida su última palabra por el eco de los suntuosos edificios vecinos, cuando otra de las dos torres que se alzan en el confín occidental del templo, como enormes cipreses, respondiendo por sí y por su muda compañera, grita treinta y tres veces con la boca de metal que un obispo le había dado. Al oírlo descubrense las cabezas, interrúmpense las conversaciones, páranse los transeúntes, cesan los trabajos del menestral, y rezan hombres y mugeres una devota plegaria en que se ganan muchas indulgencias.

José MARIA GIL.

(Se concluirá).

A DOLORES.

Cuando un hombre se enamora no sabe de que muger.

ZORRILLA.

A tí, bella muger á quien adoro, como adora el marino la bonanza... á tí, por quien derramo amargo lloro al ver mustia la flor de mi esperanza... perdido el bien de mis ensueños de oro, mi corazón en su horfandad te lanza este sentido canto de amargura, expresión de su amante desventura.

No con trovas de plácida armonía vuelvo, muger á tí; que ya del alma por siempre huyó el placer y la alegría, y aquellas horas de amorosa calma en que al arrullo de tu amor dormía. Todo, todo pasó. La erguida palma de mi ilusión, del huracán batida, yace en el valle de mi afán tendida.

El desengaño deshojó la historia de aquellas ilusiones acaradas... de aquellos sueños de futura gloria. ¡Todas de su rigor fueron llevadas! el recuerdo dejando a la memoria de aquellas horas por mi mal pasadas en un soñado mundo de delicias, de abandono, de amor y de caricias.

¡Oh muger. ¡oh dolor!, si tu no lloras, no tienes corazón ó no has amado! si recuerdas aquellas seductoras imágenes de amor de lo pasado, si como sufre el corazón ignoras, ciego y de un imposible enamorado, ten compasión de mi, de mis pesares, y de este llanto que derramo a mares.

Ten alma de muger... de mi destino templa el duro rigor... solo y errante cruzaré sobre el mundo mi camino: tu imagen llevaré siempre delante, como en medio del mar, triste marino que el faro salvador mira distante, cuando en el cielo la tormenta zumba y sólo mira en derredor su tumba.

Di... ¿que será de mí cuando te llame, y á mi voz compasiva no respondas, y en sed de tí mi corazón se inflame... y tú á mis ojos sin piedad te escondas? ten alma de muger... consuelo dame... ten compasión de mis querellas hondas: ven... y torna la paz que le robaste al virgen corazón que cautivaste.

Ven á enjugar mi llanto, cariñosa ilusión de mis últimos amores... ven á mí... pero no .. vive dichosa. Sé más feliz que yo... borde con flores tu camino el Señor... y digna esposa el padecer del criminal ignores, olvida con mi nombre mi recuerdo, y huye de mí que con mi amor te pierdo.

AURELIO AGUIRRE GALARRAGA.

Santiago—1858.

GALICIA INDUSTRIAL.

EL ROJAL EN 1853.

V.

Una de las curiosidades que debe admirar el viajero, es la bomba colocada en el ángulo que for-

man los edificios que miran al Sur y al Oeste, que por medio del movimiento de la rueda, lleva el agua del canal de alimentacion a un cajon de depósito, colocado sobre el tejado, en el mismo ángulo de confluencia de las dos localidades, para servicio de la fabricacion, para acudir en un caso de incendio, y para otros usos domésticos en las habitaciones de los empleados, entre los que cuenta un director, un maquinista, dos oficiales de administracion, y cerca de 200 operarios de varias clases, la mayor parte mugeres.

De los 108 telares que accionan en la fábrica del Rojal, 8 están dedicados a la elaboracion de lanas, que darán un producto diario de 480 varas, y los 100 restantes están dedicados a lienzos, driles para pantalones, cutis para colchones, mangleterías, y todas e clases de labores para servicio de mesa, y que producirán de tres mil a tres mil cien varas diarias. Demos estos datos a la amabilidad de los señores empleados Don José Baamonde y Don Vicente Alvarez.

Aconsejo a los que vayan a visitar el Rojal, que no dejen de pasear por la alameda que hay a orillas del canal de alimentacion y al pie de la montaña gigantesca del Marjon o *Marraon*. Su vegetacion es agreste y selvatica; pero en medio de esta vegetacion verde-oscura, que viste esta montaña perpendicular al paseo que recomiendo, descubrirá la casa de un labrador casi escondida entre unos castaños.

Este caserío, único en la pendiente, se llama el Carbal: nada más pintoresco que este caserío: parece una viñeta fantástica de Orfois.

Es un paseo tan excitante para la imaginacion, el del canal de la fabrica, que a donde quiera que tendais los ojos en el reducido horizonte que dejan las montañas del valle al estrecharse, creereis encontrar ga opando por los ribazos alguna dama feudal con su balcon, seguida de su paje, ó cualquier otra peripecia de las obras dramaticas de nuestros escritores, pues el paisaje parece una concepcion de poeta. Al separarse de él, cuando la vista vá perdiendo uno a uno sus incidentes, parece que se experimenta una melancolia tan tierna como la de Child Harold al despedirse de los lugares queridos de su infancia.

Concluiremos nuestras impresiones de viaje al Rojal felicitando a los Sres. Braña y Abella por su adquisicion y por las mejoras importantes que han introducido; pues infatigables en ello, han aumentado a la existente la que corresponde a una fábrica de hilatura, otra de blanqueo, y ademas la fabricacion de gas, cuyas calderas, retortas, y otros útiles esperan de un dia a otro; así como una bomba contra incendios con todos sus accesorios.

Hombres como los Ss. Braña y Abella eran los que necesitaba nuestro país para elevar su industria a la altura de los que más renombre alcanzan.—Hombres de su espíritu y de su génio, y Galicia se regeneraria en pocos años.

BENITO VICETTO.

21 de mayo de 1853.

(Se continuará).

T. II.

EL NAVIO.

Muere la tarde.— Por el aire vano
retumba horrisonante el aquilon;
y sem ja su estruendo sobrehumano
al bárbaro rugido del leon.

Pardas nubes la bóveda del cielo
envuelven en siniestra oscuridad;
huyen las aves con inquieto vuelo
temiendo la revuelta tempestad.

Cae la lluvia á torrentes.—Pavoroso
se oye del trueno el eco mugidor,
y el brillar del relámpago lumbroso
el espanto acrecienta y el horror,

Alzase el mar, tremendo, amenazante,
en murmullo fatal siéntese hervir,
y azota la ribera, allá distante,
con sus olas de límpido zafir.

Rompe el navio la extension salada
impelido del recio temporal,
cual la flecha, del arco disparada,
hien el aire con impetu fugaz.

Gruesas montañas de nevada espuma
agitanse entre tanto en torno á el,
cubriendo á veces, cual espesa bruma,
el oscilante casco del bajel.

¡Cuál vá!— Parece que del mar no cura
ni le asusta el ri or del huracan:
tal se lanza el guerrero con bravura
á donde el fuego y la matanza están.

Parece que le guia en su camino
la mano poderosa del Señor,
que en vano la tormenta de continuo
azota sus costados con furor.

Parece un ave que agorera canta
en medio de la horribil confusion,
al dividir el piélago su planta,
que rebina la dura tablazon.

¡Oh! cuan calados de la lluvia densa
velas, cables y mástiles se ven!
¡cómo la fuerza del oleaje, inmensa,
trener los hace en rápido vaiven!

Y ¡qué tranquilo, empero, y magestuoso
surca el navio la llanura azul!
como si en quieto y plácido reposo
manto imitase de luciente tull!

Cierra la noche, nebulosa y triste,
cual de una bella el último clamor,
que en negro luto los objetos viste
y miedo infunde cada vez mayor.

Y más y más el huracan acrece,
arreciando la lluvia sin cesar,
y más y más rebrama y se enfurece
el turbido oleaje de la mar.

Desgájanse las nubes de repente
tras un trueno que horrisono zumbó,
y el rayo, cual flamíjero torrente,
de su seno fugaz se desprendió.

Baja, formando círculos sin cuento,
y del buque en la proa se vé hundir,
dó una llama levántase al momento,
que le alombra con lóbrgo lucir.

—Fuego! fuego! cien voces lastimosas
á bordo prorumpieron á la vez;
luego un tropel de sombras vagarosas
la cubierta inundó con rapidez.

15

Quien, al golfo se arroja confiado
creyendo a li su salvacion hallar,
y en breve por las ondas arrastrado,
con la muerte en su abismo viene á dar.

Quien, alzadassus manos hácia el cielo
y postrado de hinojos con fervor,
del Dios que adora, en tanto desconuelo
implora la clemencia y el favor.

Quien, al mirar su término cercano,
vierte de lloro largo manantial;
quien, al padre, a la esposa, ó al hermano
dale un adios postrero y eternal.

Presto es la nave misero despojo
del fuego, que la asedia por do quier;
presto se abre, y dispónmase á su enojo.
trágala el mar, no vuelve á parecer.

Tan sólo se oye lúgubre un gemido
que en su agonía el naufrago exhala,
y á un nuevo, ferocísimo ruido
de la cruda borrasca, se perdiol

MANUEL DE LA PEÑA Y CAGIGAO.

Ferrol—1842.

LAS AUREANAS DEL SIL.

MEMORIAS DEL VIZCONDE DE FONTEY.

V.

Escena de horror.

Más bien que hacer un hoyo en la tierra con la azada, aquel gañán trataba de desarraigar una pequeña roca para sustraerla casi íntegra del terreno.

Al cerciorarme de esto, me estremeci. Era evidente que lo que se pretendía era horroroso... era enterrar aquella criatura allí, ya viva, ya muerta. En aquel parage peñascoso, apenas había una vara de tierra, y por lo mismo se buscaba un sitio donde enterrarla, de modo que colocando encima una enorme piedra que ni los perros ni las fieras pudieran remover, el crimen no sería jamás descubierto.

La extracción de aquella pequeña roca, dejaba una cavidad á propósito,—y colocando despues la misma roca sobre la criatura, el resultado sería satisfactorio para aquel hombre sin corazón.

Confieso que sin conocer aún más detalles de aquel crimen horrendo que vislumbraba, los cabellos se me encrespaban sobre la frente...—y hubo un momento en que sin querer indagar más nada, amartillé el revolver para hacer fuego sobre aquel hombre. Pero me contó una idea luminosa: no bastaba matar á aquel infanticida: era preciso saber la causa que le impulsaba á cometer semejante acto de ferocidad.

Proseguí espialto y á tiro.

El rumor del río entre las quijas, el ruido de la azada entre las rocas y el gemir doloroso de la criatura entre las ondas putisimas de la atmósfera, no me parecían bastantes para sofocar el de mi respiración fatigosa. Era tal la impresión que me conmovía, que parecía subirseme el corazón á la garganta, y ahogarme la sangre á torrentes. Temía que esto pudiera venderme.

Para que la escena tuviera toda la horrorosa

poesía de los contrastes, una banda de ruiseñores ó *malvises* como los llaman en el país, vino á posarse en la arboleda, entonando sus baladas matinales.

Ah! yo no podía apartar los ojos de aquel hombre, ni me podía hacer sordo á los gemidos de la criatura. La inflexible ley del destino, me encadenaba á este tormento. Cada instante que trascurría, me parecía un siglo. En mi ansiedad mortal, deseaba por segundos el término de aquella situación violenta que, no sé por qué secreto instinto, temía que pudiera ser funesta.

El hombre suspendió de pronto su trabajo.

Fué para descansar.

Luego, sacó del bolsillo un papel con tabaco, y se puso á hacer un cigarro con la mayor sangre fría.

Hecho el cigarro, sacó un yesquero y un eslabon para hacer fuego.

Encendió el cigarro por fin, y se puso á fumarlo con tal serenidad, como si se hallara sentado en la taberna delante de un bazo de vino.

Ni una sola vez miró para la criatura, que gemía cerca de él: diríase que estos gemidos los oía con la misma indiferencia que el canto de los ruiseñores.

A las pocas chupadas, apagó el cigarro como si se saciara de fumar,—colocándolo apagado detras de la oreja según costumbre de nuestros montañeses, cuyo traje llevaba.

Despues, prosiguió su faena como si tal cosa.

Esta vez los golpes parecían más certeros y vigorosos, por qué irradiaban sus ojos infernal alegría.

En efecto, la pequeña roca empezaba á conmovirse.

Entónces, aquel hombre metió la azada por debajo de ella apoyándola contra otra roca á modo de palanca, e hizo un esfuerzo grande para removerla.

Y fué tal el esfuerzo del gañán y tal el arraigo de la roca, que el mango de la azada quebró, y el hombre caió de espaldas.

Al caer salió de su boca un rugido como el de una fiera contrariada.

Levantóse en seguida, sacó un enorme cuchillo de monte y se abalanzó instantaneamente sobre una rama, con objeto de cortarla y hacer un nuevo mango para la azada.

El gañán era hercúleo, y á la vez atleta,—y gracias á esto, todo aquello que hacia, le era sumamente fácil.

Calzó, pues, la azada,—y volvió en seguida á su faena.

A los repetidos golpes del gañán la pequeña roca debió conmovirse más en sus cimientos, porque aquel volvió otra vez á servirse de la azada como de una palanqueta.

Esfuerzo tras esfuerzo, vi que el peñasco se movía sensiblemente y se elevaba al impulso de la palanca hasta caer por último fuera de su lecho.

Entónces el hombre se sentó como fatigado.

Su objeto estaba conseguido.

El hoyo que deseaba, abría á sus piés oscura boca.

Sacó un pañuelo, y se enjugó el sudor de la frente.

Despues, sacó el yesquero y el eslabon, y volvió á hacer fuego, encendiendo el cigarro que tenía sobre la oreja.

La criatura continuó gimiendo más dolorosamente como si presintiera los pocos instantes que la quedaban de vida; y sus gemidos, que se confundían con los gorjeos tristisimos de los ruiseñores en la enramado que me cobijaba, ablandarian á las mismas fieras.

El gañan no le hizo caso alguno: ni siquiera la miró.

Parecía, por el contrario, que se preocupaba más de su cigarro,—gozándose en arrojar gruesas espirales de humo por la chimenea de su boca.

Era llegado el momento fatal... Tal vez el cigarro, esto es, su duración, marcaría este momento. Yo así lo presentía. Casi lo leía en todo, en la actitud de aquel hombre, en el horror de la escena, en los menores detalles, en fin, de cuanto abarcaba.

En efecto, extinguido el cigarro, el gañan se levantó.

Su mirada de tigre recorrió el recinto, y se fijó en la criatura.

Aproximóse á ella.

La cogió entre sus manos vigorosas... y la envolvió bien en el retazo de coherlor, como si pretendiera ahogar así sus gemidos.

Los ruseñores redoblaron sus trinos.

De repente el hombre vaciló... como horrorizado,—y descubrió el semblante del recién nacido para impedir la asfixia.

Después, cerró los ojos como deslumbrado por alguna visión terrible, y se dirigió con la criatura hacia la fosa; pero antes de dejarla en ella volvió a detenerse como irresoluto.

Había tal vacilación, tal inseguridad en cuanto pretendía hacer el gañan en aquel momento supremo, que dejó la criatura orilla del hoyo... luego le volvió la espalda... luego tomó el cuchillo... luego volvió á dejarlo rápidamente como si le quemara las manos... y tan pronto miraba al cielo como á sus piés, y á sus piés como al cielo, escupiendo saliva roja como la sangre.

Sin embargo de esta vacilación ostensible, yo levanté el revolver á la altura de mi pecho... previniéndome para tirarle en el momento que él venciera sus terrores.

Y en efecto,—la vacilación de aquel hombre, fué meramente accidental; pues en seguida volvió á tomar el cuchillo con mano firme y continente resuelto,—revolviendo sus ojos de fiera hacia la criatura.

Entonces,—los ruseñores que cantaban en la fronda, se agolparon en las ramas que caían sobre mi cabeza, precipitando sus trinos de tal manera, que parecía que gorgeaban notas de auxilio en mis oídos...—y á aquellos cantos dolorosísimos y sumamente redoblados en torno de mi frente, sentí un gran desvanecimiento como si voces misteriosas de otro mundo me impelieran á defender á aquella criatura que iba á ser inmolada.

Bajo esta impresión arrebatadora de piedad que excitó mi espíritu hasta el delirio, le apunté rápidamente á aquel hombre en la mitad del pecho,—y disparé sin vacilar.

Ma ¡ay!—por una de esas fatalidades deplorables, el martillo del revolver no cogió bien la chimenea de la capsula,—tanto, que ni produjo el menor ruido y por consiguiente la explosión ó el disparo.

Al faltarme el revolver, fué indecible el horror que se apoderó de mí. Pálido, convulso, despavorido; completamente trastornado; sin saber si avanzar si retroceder, y pretendiendo, en fin, gritar sin serme posible porque sentía lazos de hielo que pegaban mi lengua á la garganta,—estuve á punto de desplomarme como un cuerpo falto de vida.

A la vez el gañan levantaba el cuchillo sobre la criatura,—y sólo el Ser Supremo pudiera salvarla de sus garras.

B. VICETTO.

(Se concluirá).

LA ROSA DE MI PESAR.

I.

Nació una flor en mi seno
de macilento color
presagio de mi dolor,
imagen de lo que peno.

Entre lágrimas nacida,
entre pesares criada,
pasa la pobre olvidada
su melancólica vida.

De la aurora el arrebol
tiñó una vez su corola
y de brillante aureola
le ciñó de amor el sol.

Pero nunca su cantar
le mandó la errante brisa
porque no tiene sonrisa
la rosa de mi pesar.

II.

Vióla un día una mujer,
y al verla, se conmovió
y una lágrima dejó
entre sus hojas caer.

Y ella al sentir tal caricia
abrió sus hojas lozana
por gozar de la mañana
la voluptuosa delicia.

Y la mujer mundanal
que de ella pena tenía,
vióla abrir con alegría
su capullo virginal.

Su aroma quiso aspirar
y entre sus manos la toma,
mas ¡ay! que no tiene aroma
la rosa de mi pesar.

III.

Entonces la arrojó al suelo,
y al sufrir tales congojas
doliendo plegó sus hojas
y gimió triste en su anhelo.

Yo amante la recogí,
y dolorido lloré,
y en mi seno la guardé...
que se alimentara allí.

Desde entonces su corola
aún no se ha vuelto á entreabrir,
la triste habrá de morir
con su pena y dolor sólo.

Yo la ofrezco mi cantar,
pero no gusta de cantos,
que está triste y sin encantos
la rosa de mi pesar.

JOSÉ CASTRO PITA.

Lugo—1864.

LA CARIDAD.

(CONCLUSION.)

Llegaban á la sazón á corta distancia de la más pobre de las chozas, que el anciano, por ese tacto exquisito propio de las personas ciegas, reconoció por la suya. Allí ya, la niña iba á dejarlo, cuando un recuerdo asaltó sobitamente su memoria. La noche última, había ganado á su padre una pieza de dos reales por haberle descifrado un enigma.

Llevó su mano al bolsillo, sacó la moneda y rogó al anciano que la aceptase. Satisfecho su deseo, sintióse inquieta por volver á sus padres, de cuyo lado se había separado hacia ya algunas horas. El calor del día por una parte, por otra lo violento de su carrera y de las emociones recibidas, habian agitado tanto aquella simpática criatura, que su rostro estaba encendido como una amapola y era anhelante su respiración. Con una ansia que jamás había sentido, dirigióse al jardín y á los pocos pasos, levantando su rostro encantador, descubre en una ventana al autor de sus días. Nublase de pronto el sereno azul de sus ojos; es que el conde, al verla, se había retirado sin decirle nada, robándole su cariñoso aunque obligado besamanos. ¡Ah! con cuánta amargura reconoces que tu insolita inquietud era precursora de la tempestad!

Blanca se adelanta tímida y sin fuerzas, en una actitud semejante á la de una fragante flor que, en pimpollo todavía, es abatida sobre su tallo gentil al soplo del recio huracán. ¡Pobre ángel! ¿Aguo hasta ahora tu corazón al sufrimiento? ¿por qué ha de verse oprimido en el día más grandioso de tu vida?

La necesidad daba el valor de la resolución, y la acobardada niña acércase á un vasto gabinete, dejando desde el umbral, sobre un vetusto sillón que allí se hallaba, su cesto y su sombrerito. Anhelante, mirando con mortal ansiedad al rostro del conde, quiere dar un paso y precipitarse en brazos de su querido papá, para brindarle felicidad en la inocencia de sus ósculos. Mas ¡oh desgracia! El severo rostro de su padre, lo airado de aquella mirada, horas ántes, de paternal ternura, déjanla helada en el mismo dintel. No osa dar un paso adelante y, sin embargo, el retroceso es imposible. Los ojos del conde fijos en ella parécenle dos rayos que penetran hasta su corazón para herirlo; no con su fuego sino con ese frío glacial con que la punta de un puñal suspende la respiración en un instante.

Al fin el conde rompe el silencio

—Aguardo que hables, Blanca, dice con sequedad, quiero saber de dónde vienes y con qué autorización abanlonaste la casa, precisamente en momentos en que debías acompañar á tu amorosa madre en su indisposición.

Este exordio, de un eco más atronador para la tierna niña que la voz de un juez al leer á un reo su sentencia de muerte, hizo sollozar e inclinar la cabeza á Blanca.

—Eso es, continuó inexorable el conde; ahora es preciso flagir arrepentimiento ¿no es verdad, hija?

La niña ahogó un gemido.

—Habla, Blanca, habla; ¿no he dicho nada acaso?

—Papá, mi querido papá, sollozó el ángel.

Y corrió hácia él para estrecharle, pero el conde la rechazó bruscamente.

—No, ya no te quiero; déjate de caricias. Ante todo me concederás que tengo el derecho de saber en dónde has estado y con quién.

Un torrente de lágrimas brotó de los ojos de Blanca

—Perdóname, balbuceó, estuve en el campo.

—Muy bien y ¿se puede saber con quién?

—Sola, papá.

—¡Sola! ¿y es eso propio de una niña bien educada? ¿Se te figura que correspondes así dignamente á nuestros desvelos, á nuestro amor, á nuestra ternura?... Tardo es tu arrepentimiento, niña imbecil.

Blanca quiso hallar, tal vez para sincerarse, mas los sollozos no le permitieron.

—Puedes retirarte ya, continuó el conde. Has empleado demasiadas veces la elocuencia del llanto para que conserve todavía la virtud de inclinar mi ánimo al perdón. Ve, hija, vé á tu mamá á darle cuenta de tus actos, pues bien merece tan mezquino reparo quien tanto por ti ha sufrido en estas tres horas. Corre á llevarla el terrible desgano que la espera por fruto de su esmero en educarte

Blanca salió ahogando un gemido. Voló hácia su madre sin poder ocultar su desconsuelo, y aquí la escena varió de aspecto. Sin proferir una sílaba, madre é hija lloraban de ternura estrechadas fuertemente. La madre adivinaba el dolor de su hija; la niña se sentía aún mas conmovida ante la bondad materna que lo había estado ante la severidad paterna.

Después de algunos instantes consagrados á tan íntima inteligencia, la madre preguntó:

—¿Qué te dijo papá, Blanca mía?

—¡Oh! me ha rechazado, no ha querido oírme, me ha retirado para siempre su cariño, respondió la niña tristemente.

—¡Pobrecilla! haced mal desear de tu perdón

—Mi falta ha sido grande.

—Sin duda, y no debe repetirse.

Blanca guardó silencio.

—¿Quieres decirme, alma mía, respecto á la madre, dónde has estado toda la mañana?

Nuevo silencio siguió á estas palabras.

—Responde, hija mía, insistió la madre.

El ángel de caridad temía dar cuenta de su grandiosa acción, temía hacerse por reo en la práctica de la virtud. ¡Inocente Blanca! Crees merecer un castigo cuando te has hecho acreedora á una corona de gloria, pues que tu generosa acción ha reparado cumplidamente tu primera ligereza.

—Cualquiera que sea tu falta, añadió la condesa, dímelas sin ocultar nada. ¿Hay por ventura algún delito que, seguido del arrepentimiento, no pueda esperar el perdón de una madre?

Blanca, reanimada al dulce acento de aquellas palabras, refirió todo lo ocurrido.

Su asombro fué grande al ver que su madre,

volviendo á estrecharla contra su pecho, por un brusco movimiento, le decía:

—Bendita tú, Blanca mía; por algo mi corazón anunciaba que no eras culpable, que no podía serlo la niña que desde hace tiempo viene representando en esta tierra al génio de la virtud.

En seguida hizo llamar al conde, le relató lo ocurrido, y tuvo lugar allí una escena de familia que no es fácil describir.

Los padres estaban orgullosos de tener una hija como Blanca.

Por último el conde dijo:

—Amada Blanca, pídemelo lo que quieras. Desde luego declaro que he sido injustamente cruel contigo.

La niña, ligera como el pensamiento, saltó al cuello del conde y llenándole de caricias,

—Primero mi perdón, respondió; después que socorras á esa pobre familia.

El conde dirigió una mirada de inteligencia á su esposa, besó con efusión á Blanca y salió profundamente conmovido.

Al día siguiente, á la hora de doce, un criado de la casa, llevaba al ciego, á su muger y á la pequeña María un cesto con abundante comida, que ya no debía faltarles durante su vida.

De entonces en aquel lugar Blanca fué conocida con el nombre de Ángel de la caridad título el más glorioso á que podía aspirar, pues mientras las pompas y vanidades pasan cual rápidos meteoros, guárdase eterna la virtud, et.

*Nulla præstantior virtus
quàm charitate.*

GENARO SUAREZ Y GARCIA.

Ferrol, 1875.

LÁGRIMAS.

*Que si bajan las lágrimas al pecho
se llora el corazón pedazos hecho.*

N. SERRA.

Tienes razón! si al párpado surcado
niega el dolor la sávia del tormento,
mas se clava en el pecho lastimado
la garra sin piedad del sufrimiento.

Entonces el espíritu oprimido
por estos del pesar tirantes lazos,
si sus lágrimas todas ha vertido
llora su corazón hecho pedazos.

El mundo hermoso a ver hoy causa enojos!
Nada entonces mitiga el desconsuelo!
si al firmamento alzamos nuestros ojos,
ni brillo tiene el sol, ni azul el cielo!

Luz no vé la mirada macilenta
turbia al salir por húmeda pupila,
pues se embota en la lágrima sangrienta
que de su llaga el corazón destila.

El sueño espanta, el despertar aburre,
la fe vacila en torpe escepticismo,

T. II.

y en calma horrible el ánimo discurre
bajando de la duda al negro abismo.

Nunca lágrimas faltan por despojos,
pues seco nuestro llanto, lleva el pecho
á destilar por los gastados ojos
el mártir corazón, pedazos hecho.

RICARDO PUENTE Y BRAÑAS.

Coruña, 1860.

CUADROS DE LA HISTORIA DE GALICIA.

EL OBISPO SISNANDO Y LOS NORMANDOS.

I.

En aquel mismo año de 699, aportaron á las playas de la Galicia lucense y bracarense más de cien naves normandas, sin que la corte de Leon se significara en algo para evitar el desembarco, y oponer un ejército al ejército del rey de aquellos piratas llamado Gunderedo: *Nortmanorum cum rege suo Gunderedo.* (1)

Tan entregado estaba el país á sí mismo, que sólo su teocracia organizó la resistencia, al par que su aristocracia: esto es, Sisnando Menéndez y Gonzalo Sanchez: un obispo y un conde, el obispo de Compostela y el conde de Altamira. No suenan para nada el rey ni la regencia, ni la corte goda en aquel período histórico tan desastroso para el territorio. La Galicia actual sabia que tan sólo debía recurrir á sus propias armas; —y por lo mismo los clérigos como los nobles se armaron todos para la lucha, confiando en sus fuerzas y sin esperar nada del poder monárquico de Leon.

«Un dominico, —dice la crónica de Iria —á mediados de la Cuaresma, recibió Sisnando aviso de que las naves de los normandos, flamencos y otras gentes enemigas arribaban á la costa del Oeste, desembarcaban en Junqueira (*Juncaris*) y se dirigían á Padron (*volentes ire ad Iriam*); cautivando á cuantos encontraban, hombres y mugeres, y talando y saqueando las comarcas (*et terram vastabant et prædabant*).

El génio vivísimo de Sisnando II se inflama con la nueva; manda reunir con la mayor prontitud á todos los habitantes de Compostela y las cercanías; noble hijo de Galicia, el mismo se arma para la pelea; reparte dinero, provisiones, caballos y armas; y organizando con suma actividad la mesnada de guerra, se coloca á su frente espada en mano.

Podrá haber sido malvado Sisnando Menéndez como obispo, á juicio de algunos; pero como hijo de aquella Galicia cuya historia escribimos, no podemos ménos de saludar su memoria con reconocimiento, pues siquiera, defendía la tierra natal contra sus enemigos, al paso que otros que para esos mismos aparecerán como buenos, vendían el país en la oscuridad del claustro para satisfacer rencores personales, ó ahogaban su espíritu autonómico, sus aspiraciones á la independencia lícita y sagrada.

Sale Sisnando II de su ciudad de Compostela al frente de su mesnada, dirigiéndose á las playas del oeste donde campeaban los invasores. Si alguno de sus hombres de armas se desalienta por contrariedad

(1) Sampiro, —núm. 28.

des en la jornada, se acerca á galope junto á él, y le anima é inflama su espíritu con frases patrióticas. Recorre siempre las filas, y en todo está para que nada falte á su pequeño ejército. A los comarcanos de la costa que se le reúnen, huyendo del aspecto y las tropelías de los normandos, con el terror pintado en sus semblantes, Sisnando II los tranquiliza, les reparte chuzos y los incorpora á retaguardia con el grueso de los peones; haciendo ver por los parages de su tránsito que, puesta en armas la ciudad de Compostela, nada podía temer ya el territorio de los piratas que invadían sus campiñas del oeste.

Avístanse por fin los dos ejércitos en Fornelos, lugar de San Miguel de Raris y ayuntamiento de Teo, como á legua y media de Compostela, y dos de Padron.

Los normandos se posesionan de las alturas de La Florida, Reis, Rial y Sestelo, diseminados en grandes pelotones, puesto que carecían de caballería: — la catadura de aquellos hombres de mar es imponente, horrible; y sus largas lanzas y espadas, y sus pesados machetes que blandían con ligereza, contribuían á amedrentar más y más á la hueste compostelana.

Sisnando II no participa de aquel terror: se coloca al frente de la caballería del Ulla y del Tambre, que lo mismo galopa por las pendientes que por las llanuras; — y comprendiendo que toda dilación supondría e bardia, carga denodadamente á uno de los pelotones normandos, el cual impotente para resistir el choque se desbanda en la mayor confusion. Al desbandarse este peloton de normandos, es perseguido por la caballería de Sisnando II, pero esta se desune á su vez por tener que perseguir á gente desbandada.

Esta imprudencia del obispo de Compostela, fué fatal para sus armas; pues separado de su infantería ó grueso de sus peones, cargan sobre ella los otros pelotones normandos, la cortan, y la destrozan en breves momentos. Quiere acudir Sisnando II á protegerla, pero le es imposible reunir su caballería. De espérase por este contratiempo, pero no se acobarda. Revuélvese con los pocos caballos que puede capitanear, y desciende como el rayo á la llanura. Abre paso con su lanza por entre las masas de los normandos, pero cuanto más penetra en ellas, más imposible le es desbarataros porque queda encerrado entre los machetes de aquellos piratas como dentro de una malla de hierro cortante.

Aquella malla le oprime más y más; no hay salvacion posible para él, y aquel noble hijo de Galicia cae por fin con el cráneo de trozado á machetazos; — llevando á Compostela la noticia de la trágica batalla de Fornelos, los pocos gallegos que pudieron salvarse: *Quo audito episcopus Sisnandus ut insanus armis indulus, cucurrit post eos in Fornelos, et intrans per medias acies cecidit* (1).

II.

La desgraciada muerte de Sisnando al principiar la batalla y el desaliento consiguiente de su hueste, envalentonó de tal modo á los normandos que, como si hubieran vencido ya todo obstáculo para posesionarse del territorio, se esparramaron por él en distintas direcciones, saqueándolo todo, incendiándolo todo. La tierra de Tuy y Orense quedó tan destruida, que ni los obispos pudieron residir en sus ciudades, ni los hubo; segun consta del privilegio de Compostela, de que habla Morales lib. 17, cap. 37.

Roto ya el dique, la irrupcion se extendió por el pais con toda la horrorosa pompa de la muerte y el estrago; — y son incendiados los monasterios como el de Santa Eulalia de Curtis, cerca del Tambre, y sus monjes cautivos: *sacerdotes sui captivitate ducti* (1).

No se circunscribe esta vez la irrupcion normanda á hacer un desembarco en la costa, robar ganados y objetos de valor, y reembarcarse con rumbo á otra parte; pues venían tantos, y tanto se extendieron por el pais, que continuaron devastando y saqueando los alrededores de Compostela (2), donde se encerraron sus habitantes; — asolaron á Lugo, segun Sampiro; — y llegaron hasta las cumbres de el Cebrero: *ad Alpes montes Ecebrarii* (3).

«Aquellas cumbres — dice Romey — son las que ciñen por el nordeste del distrito de la provincia de Lugo, llamado El Cebrero, cubiertas de nieve, como los Alpes, cuatro meses del año, por un ámbito de tres ó cuatro leguas de largo y como una de ancho, y á las que sin duda sus pobladores los Galos (4) darian el nombre céltico de Alpes, que subsistía por el pais á fines del siglo X, y que les conservó el obispo de Astorga, Sampiro.»

BENITO VICETTO.

(Se concluirá).

EL SOL PONIENTE.

D I Supremo Hacedor obedeciendo
la sacra ley ¡oh sol magestuoso!
int ruinable giro describiendo,
hacia el ocaso nublado
diriges ya tu carro luminoso.
En tanto en el oriente
borra la noche lóbrega tus huellas,
y el cielo trasparente
invaden temerosas las estrellas
Las hojas se estremecen sin ruido
en las altivas ramas, al ligero
soplo del aura El mar yace dormido
ni se encorpa altanero,
ni el ancho espacio atruena su rugido.
Contigo la alegría
se vá y el movimiento.
Ráfaga helada, fria,
que del polo surgió, cual acerada
hoja, atraviesa mi abrasada frente,

(1) España Sagrada. — Tomo 19 — pag. 384.

(2) Sampiro. — Chron. — pár. 28.

(3) Idem — idem.

(4) Nótese que es un francés el que afirma que los galos fueron los pobladores de nuestras montañas, lo que corrobora, por los estudios modernos, cuanto historiamos sobre nuestros ab-origenes. Es verdad que se nos objetará, que al decir eso Romey lo dice en el sentido histórico, de que los galos, oriundos de Francia segun él, poblaron á Galicia; pero á esta objecion responderemos que: mal podían los galos, oriundos de Francia, poblar á Galicia, cuando los historiadores más antiquísimos como Herodoto, afirman que los celtas (Keltas) poblaron á España dos siglos ántes que á Francia.

(1) Cronicon iriense, — cap. 41.

la sangre coagulando
 en la arteria, que late intermitente.
 Rojiza faja, interrumpida á trechos,
 cruza el inmenso espacio, reflejando
 su luz purpúrea en valles y repechos.
 Ya de Brion la cumbre levantada
 tocando estás ¡oh sol!... Y ved; parece
 que de su postrimera llamarada
 el vivo resplandor más y más crece!
 ¡Y es que alumbrá los restos gloriosos
 de cien héroes ¡asi, nestos, valerosos!
 Detente ¡oh Sol! detente:
 tu disco apoya en esa augusta cima,
 y, cual ora le veo,
 yace por siempre colocado encima
 de ese monte eminente:
 ¡destumbrador, magnífico trofeo!
 Ahí donde termina tu carrera,
 Albion, hoy engreida y altanera,
 un día se humilló, pese á su saña,
 ante el valor de la indomable España.
 Allí Galicia mia,
 tus hijos adquirieron
 y á tus sienas ciñeron
 una corona más de gran valía.
 Y tú, Ferrol, si tu valor no fuera,
 para baldon de la inmortal matrona
 hoy otro Gibraltar tal vez hubiera
 en la galaica zona.
 Y ¡oh cruel indiferencia!
 de ese sagrado monte en la eminencia,
 que en las nubes se pierde,
 no hay, al arte debido,
 un monumento que á la edad futura
 tan ilustre victoria le recuerde.
 Tal vez del cazador la planta impura
 de aquellos héroes huella
 la ya desconocida sepultura.
 El ronco son del mar que el viento lleva
 y del gilguero el armonioso trino:
 ¡ved aquí la plegaria que al divino
 trono de Dios la ingrata patria eleva!
 Y ese esplendente Sol, del cristalino
 firmamento colgado, es funeraria
 lámpara que ilumina
 esa grandiosa urna cineraria!
 Los nombres, no; los hombres se olvidaron
 de que yacen allí los que del yugo
 de ambicioso extranjero los libraron!
 Premios, lauros, honores,
 inmerecidos cuanto corruptores,
 dáis á la infamia, á la traición, al dolo.
 Por lograrlos, los hijos de la guerra
 ensangrientan la tierra
 hasta la nieve enrojecer del polo...
 ¡Y á los héroes insignes
 que perdieron la vida
 de la patria en defensa, ni un recuerdo
 de gratitud les dedicáis...! ¡Oh! fuera
 cual mi deseo mi poder!... Sumida
 la sociedad en discordancia fiera,
 rotos los lazos todos, corrompidas
 lengua, leyes, costumbres; ¿qué nos queda,
 en estado tan triste y vergonzoso,
 si no es la historia de un pasado honroso?
 ¡Ay de los pueblos que su historia olvidan!
 ¡que sus faustos brillantes oscurecen!

á eterna perdición van despeñados:
 infame esclavitud sólo merecen.
 De un tirano tal vez al carro atados,
 sus males llorarán. y al fin.. Severa,
 digna, noble, entusiasta, Roma un día
 del humano poder tocó la cumbre:
 los límites del mundo conocido
 fueron de aquel gran pueblo la frontera.
 Cuando se corrompieron sus costumbres,
 cuando olvidó sus dioses y sus héroes
 por tributar adoración á un hombre,
 desvaneciase su poder, cual suele
 un sueño disiparse á la mañana...
 y hoy queda de ella solamente el nombre...

SEVERIANO GARCIA.

Ferrol, febrero de 1875.

GALICIA BALNEARIA.

DE LOS BAÑOS Y AGUAS MINERO-MEDICINALES DE GALICIA.

(Continuacion.)

Muchas han sido las *Thermas* que los romanos dejaron en la antigua *Gallaecia*, probando con esto que la concurrencia á sus aguas minero-medicinales debió haber sido bastante numerosa. La indolencia y las mas veces la ignorancia, han hecho desaparecer la mayor parte de esta clase de monumentos históricos, quedándonos sólo de tanta grandezza en Lugo, y á la margen izquierda del Miño, tres bóvedas y los restos de un templo, que se suponía estuviese dedicado á alguna deidad tutelar del establecimiento, los cuales han desaparecido por los años de 1818.

II.

En la provincia de Orense se ven en las fuentes minerales de Molgas vestigios de estas obras romanas, y en la de Pontevedra, no hace muchos años que el director de los baños de Cuntis, el señor don Manuel Fernandez Mariño, ha hecho el descubrimiento de un baño cuadrado con una fuente en cada angulo y de una estatua de bronce que representaba á un *Edil romano*, la que conserva todavía en su poder; la impericia de los operarios fué la causa de que desapareciese una inscripción que habia en este sitio.

Si la Providencia se ha mostrado pródiga en concedernos un suelo exuberante de vida por sus ricas producciones agricolas, poniéndonos en el caso de poder rivalizar con los países mas feraces del globo, no ha sido ménos escasa en darnos una costa extensa bañada por el océano y una multitud de fuentes de variadas aguas minerales, que bien

explotadas pudieran constituir uno de los ramos más productivos para Galicia.

Cualquiera que se fije por un momento en el plano geográfico de este antiguo reino, le llamará la atención el número de pueblos y lugares que se conocen con los nombres de Aguas santas, Baños, Caldas, Caldeas y Caldelañas, los cuales no tienen otro origen que de las aguas minerales, atendiendo á sus virtudes casi milagrosas, al modo como se las dispone, y á su temperatura.

Los principios que más abundan en las aguas minerales de Galicia son los sulfurosos, los ferruginosos y los que componen muchas sales neutras, pudiendo también asegurarse que en algunos manantia es existe el iodo, el azoe y alguna materia orgánica.

Entre la multitud de nuestros establecimientos minero-medicinales, los más acreditados son los de Cuntis, Cortegada, Carballino, Caldas de Reyes, la Toja y Partovia, á los cuales afluyen muchísimas personas á buscar el alivio de sus males.

Otros más pudiéramos citar, que por el abandono en que se hallan, apenas son visitados: careciendo de facultativo hacen uso de sus aguas los enfermos, sin más criterio que el voto del bañista y sin más conocimiento de sus virtudes que la tradición ó el buen éxito de algunos casos.

III.

Conocidas como son por los inteligentes muchas de las aguas minerales de Galicia, ya por las repetidas análisis cualitativas y cuantitativas practicadas en el laboratorio real á fines del siglo pasado y en el actual por nuestro paisano el célebre químico D. Antonio Casares y otros profesores, ya por los brillantes resultados que han observado los directores de los establecimientos en el tratamiento de las enfermedades más rebeldes; era de esperar que las localidades á donde concurre la humanidad doliente en busca de la curación á alivio de sus males, ofreciesen todas las comodidades que en semejantes casos se requieren.

Y decimos esto porque nos causa rubor y vergüenza el recordar como se hallan montadas nuestras casas de baños.

¿Qué tiene, pues, de particular que recibamos mil insultos de nacionales y extranjeros y que se nos elija como tipos de todo lo malo, de todo lo ridículo, lanzándonos á la frente como un sambenito la estereotipada frase de que Galicia es la provincia más atrasada de España?

Los buenos hijos de nuestra infortunada patria no desconocen el espíritu de la generación existente, ni los verdaderos adelantos y mejoras que se verifican en el siglo XIX: los que nada quieren comprender, los que nada quieren hacer son los que de más medios disponen, contentándose tan sólo en contemplar el *Becerro de oro* y temiendo que si le ponen en movimiento se disipe como el humo, ó desaparezca como una exhalación ante sus ojos.

Preguntadles ¿porqué no se arrojan á plantear

en regla buenas fondas y casas de baños decentes con otras mejoras, las cuales harían cambiar completamente de aspecto estos sitios, convirtiéndolos en amenos y deliciosos recreos?

Lo único que os responderán será que tan sólo los habitantes de Galicia son los que á ellas concurren.

Y ahora diremos nosotros ¿con qué ventajas brindais y que género de distracciones ofreceis á los bañistas forasteros y demás personas que les acompañan?

Pueden estos preferir nuestros establecimientos actuales á los tan bien montados de Panticosa, Gestona y Arechavaleta, en donde abundan frondosas alamedas, vistosos jardines y otras mil comodidades?

No es cierto que si alguno los frecuenta, una vez por casualidad, apesar de haberse aliviado de sus dolencias, no puede por ménos que recordar las privaciones y sufrimientos por que han pasado, en una época en la cual hasta el calor del estío fastidia?

Desengañense los Cresos de nuestro país, si algo quieren hacer por él, ó en pró de sus mismos intereses, es de absoluta necesidad que nuestros establecimientos compitan en mejoras, con los más acreditados de la península y del extranjero, pues solo de esta manera pueden llegar á rivalizar con ellos de un modo digno.

Si la Francia, ó la activa y emprendedora Inglaterra encerrasen en su suelo tan preciosos veneros de riqueza, sabrían sacar todas las ventajas que tan fácilmente proporciona esta clase de industria.

Concluirémos echando una mirada sobre los baños de mar que tan ventajosamente pueden tomarse en las tranquilas rias de nuestras costas, construyendo para mayor comodidad y hasta mayor decoro casas flotantes, como las que hay en Cadiz etc.

Así veríamos frecuentadas nuestras poblaciones en las temporadas de verano por los naturales de la corte, de las llanuras de Castilla y otros puntos.

Todos estos adelantos y otras empresas más árduas, pueden llevarse á cabo por medio de la asociación, la cual apenas es conocida en Galicia.

Es necesario que nuestros paisanos echen mano de esta ancora salvadora, si no quieren verse arrollados por otras provincias cuando el ferrocarril toque á nuestras puertas.

El tiempo que media hasta que llegue ese día, debemos emplearlo en el desarrollo y fomento de todo aquello de que carezcan nuestros vecinos.

Si nos dormimos en los brazos de la indolencia, nuestra es la culpa de los males que puedan sobrevenir.

FRANCISCO FERNANDEZ ANGILES.

Pontevedra—1858.

(Se continuará).